

enviados por los obispos. Después de tres años de permanencia en Roma, aquellos jóvenes sacerdotes volverían á Francia para difundir allí las doctrinas y el espíritu de la Iglesia, madre y señora de todas las demás. ¿Quién halla en esto algún mal? Nuestros jóvenes artistas, los artistas de todas las naciones, ¿no vienen á tomar de Roma las buenas tradiciones, que van en seguida á extender en el resto de la Europa? Las innovaciones peligrosas, las extravagancias del mal gusto, combatidas y destruidas, tales son los resultados de sus estudios y de su permanencia. ¿Por qué no hacer con la ciencia sagrada lo mismo que con la pintura? La Academia eclesiástica ¿no llegaría á ser el medio más bello y seguro de realizar en la enseñanza teológica, esa unidad que se admira en la instrucción elemental? ¿Pueda la Providencia conducirla á feliz término!

Como el tiempo era magnífico, no pude resistir al deseo de examinar al ménos un pequeño rincón de la ciudad santa. Algunos pasos me bastaron para situarme delante del monumento siempre subsistente de la piedad de mis abuelos. Las grandes naciones de Europa, tales como la Alemania, la Francia, la España, el Portugal, tienen en Roma iglesias y hospitales para sus viajeros necesitados. Pues bien, la religiosa Franco-Condado halló en su fe el medio de seguir aquellos nobles ejemplos; ella también tomó su lugar entre las grandes naciones que acabo de nombrar. Para servicio de sus hijos, peregrinos en la ciudad eterna, la Borgoña quiso tener una iglesia y un hospicio. Su caridad dotó generosamente á la una y al otro. Todos los de Franco-Condado al llegar á Roma tenían el derecho, primero, de ser recibidos gratuitamente en el hospicio, durante algunos días; segundo, de hacer que se les presentaran las cuentas de la casa y de juzgarlas. Sin ser rica, la iglesia está ase-

da, es de construcción elegante y está agradablemente situada. Sobre el piso está escrita, en letras de oro, la inscripción siguiente: *Comitatus Burgund. SS. Andree ap. et Claudio ep. Natio die.* "El pueblo del condado de Borgoña dedicó esta iglesia á San Andrés apóstol y á San Claudio obispo." A la entrada, por el lado derecho y arriba de la fuente de agua bendita, está una placa de mármol, sobre la cual se lee: *Quicumque oraverit pro rege Francie habet decem dies de indulgentia, á papa Innocentio IV. S. Thom. in suppl. q. 25, art. 3, ad Secund.* "Cualquiera que ore por el rey de Francia gana diez días de indulgencia, concedida por el papa Inocencio IV." El rey de Francia es tal vez el único en el universo que goza de tal privilegio: este hecho me pareció muy significativo. A la izquierda se ven muchas tumbas cuyas inscripciones recuerdan nombres de hombres y de aldeas, muy conocidos en nuestras montañas del Doubs: N. Vermier de Orchamps-Vennes, y Briot de Belherbe, etc. San Claudio de los Borgoñeses no forma una parroquia; la iglesia sin embargo conserva sus rentas, al ménos en parte, y reunidas á las de las otras iglesias francesas. Desde su origen dichas rentas están administradas por la embajada y el curato de San Luis.

11 DÉ DICIEMBRE.

Mártires.—Obelisco de Augusto delante de Santa María Mayor.—Santa María la Mayor.—Orígen.—Adornos.—Pinturas.—Puerta Santa.—Anécdota.—Monumentos y recuerdos de este cuartel de la antigua Roma.—Santa Cruz de Jerusalem.—El título de la verdadera Cruz.—Senado de los Mártires.

La caza no había sido feliz; cuadrúpedos y volátiles se habían puesto de acuerdo para no dejarse matar. Fuera de algunos

animalillos insignificantes, nuestros amigos no trajeron de su expedición más que el trabajo de haber tirado al aire en el campo, y el gasto de haber comido, con un apetito de cazador, la *ricotta*, queso de oveja, que un pastor les había ofrecido. A la mañana siguiente, estábamos ántes de las diez en la parte culminante del Quirinal, en un punto donde se cortan en ángulo recto cuatro grandes calles. La fuente de Moisés forma la cabeza; la fuente y los caballos gigantes del Quirinal son la base de esa larga cruz latina, cuyos brazos se terminan por las bellas iglesias de la Trinidad de los Montes y Santa María Mayor; esta última era el objeto de nuestra peregrinación.

Al pié de la colina sobre la cual descansa la basílica Liberiana, graciosa y pura como la virgen que allí se venera, se eleva un obelisco egipcio. De pié delante de la iglesia, y ántes de entrar á ella, repite el cicerone secular la gloria de su doble destino, y anuncia á los peregrinos las tiernas maravillas que tendrán muy pronto á su vista. Augusto había hecho venir de Egipto dos monolitos de cerca de ochenta piés de altura, para colocarlos, uno en el gran Circo, y otro en el Campo de Marte. ¡Vanidad de los hombres y de sus proyectos! La muerte vino á herir al monarca, y aquellos dos monumentos, destinados á realzar la gloria de su reinado, solo sirvieron para elevar hasta el cielo el magnífico testimonio de su destrucción. Erigidos por el emperador Claudio, cerca del mausoleo de Augusto; quedaron allí hasta que los bárbaros vinieron á convertirlos en otras tantas ruinas. En 1587, uno de los dos fué restaurado y colocado por Sixto V en el lugar que hoy está [1].

En una de las inscripciones, el obelisco se expresa así:

(1) Mercati, *degli obelischii*, c. 27.

CHRISTI DEI
IN ETERNUM VIVENTIS
CUNABULA
LETISSIME COLO
QUI MONTUI
SEPULCRO AUGUSTI
TRISTIS
SERVIERAN.

"Honro con gusto la cuna de Cristo, Dios eternamente vivo, yo, que servía tristemente para adorar la tumba de Augusto muerto."

Si adora al Cristo, el obelisco no hace más que imitar el ejemplo de Augusto; lo dice en estos términos grabados en la cara opuesta:

QUEM AUGUSTUS
DE VIRGINE
NASCITURUM
VIVENS ADORAVIT
SEG. DEINCEPS
DOMINUM
DICI VETUIT
ADORO.

"Yo adoro á aquel á quien Augusto en su vida adoró como á quien había de nacer de una Virgen, y por quien prohibió desde entónces que se diese al mismo Augusto el título de Dios."

Esta inscripción, que nos llenó de admiración, recuerda una tradición muy antigua, según la cual, Augusto había de conocer de antemano la venida del Mesías, y de su nacimiento de una Virgen. De ella trataré cuando visitemos la iglesia de *Ara Coeli*.

El Hijo de la Virgen es Dios; está reconocido por tal; el obelisco lo proclama; ¿qué le falta, sino hacerse intérprete de los votos del mundo regenerado? Y su oración, estampada en el granito, brilla por el lado que mira a la iglesia:

CHRISTUS
PER INVICTAM
CRUCEM
POPULO PACEM
PRÆBEAT
QUI
AUGUSTI PACE
IN PRÆSEPE NASCI
VOLUIT.

«Que el Cristo por su cruz invencible, dé la paz al mundo. El que, durante la paz de Augusto, quiso nacer en un establo.» Y en efecto, la cruz victoriosa de César, del mundo y del infierno, corona el obelisco. Nosotros le saludamos con respeto, y salvando rápidamente las gradas de una soberbia escalera, entramos á Santa María la Mayor. La célebre iglesia patriarcal ocupa el lugar del *Macellum Liviae*, mercado famoso rodeado de pórticos de mármol, en donde se vendían á los ávidos Romanos las producciones más raras del mundo entero. Era necesario que este edificio fuese de gran magnificencia, para que Tiberio lo consagrara á su madre Livia 1. Al nacer el Evangelio, se hizo soberanamente venerable este mercado, por la carnicería de los cristianos de que fué teatro. En la iglesia vecina de San Vito, se conserva todavía una piedra sobre la cual, según tradición, fueron degollados, como humildes corderos, una multitud de fieles. Así, por una de esas armonías que Roma ofrece á cada paso, en el mismo lugar consagrado á una mujer solemnemente impúdica, pero lavado con la sangre de los mártires, se eleva hoy la iglesia más bella de la Reina de las Vírgenes.

Santa María la Mayor, debe su fundación al gracioso *milagro de las Nieves*. A principios del siglo décimo cuarto, vivía en Roma un ilustre patricio, noble ejemplo de las antiguas familias consulares.

1 Dion., 57.

Privado de hijos, resolvió, de acuerdo con su mujer, consagrar su rica fortuna al Dios que se la había dado. Los piadosos esposos estaban totalmente ocupados en su proyecto, cuando la Virgen Santa les dió á conocer que ella misma quería ser su heredera. «Me edificareis, les dijo, una basílica sobre la colina de Roma que se cubrirá mañana de nieve.» Esto pasaba la noche del 4 al 5 de Agosto del año 352, época en que los calores son excesivos en Italia. A la mañana siguiente, el Esquilino se vió cubierto de nieve. La ciudad entera se trasladó al lugar del milagro. El patricio Juan, y después el papa Liberio, se trasladaron también á su vez, acompañados de todo el clero. Se publicó la causa del prodigio, se edificó la iglesia á expensas de los piadosos esposos, y se le puso por nombre *Santa María ad Nives*; nombre venerable que tiene hoy todavía 1. En memoria del papa Liberio, que el año siguiente hizo la dedicación de ella, se llamó también basílica *Liberiana*. A estos dos primeros nombres se agregan otros dos no menos honrosos: *Santa María del Pesebre*, á causa del *Pesebre* del Salvador que allí se conserva; y *Santa María la Mayor*, porque entre todas las iglesias de Roma dedicadas á la Reina del cielo, es la más importante 2.

Los soberanos Pontífices, y en general el pueblo romano, siempre tan celoso por el culto de María, no podían dejar de adornar con una liberalidad particular su

1 Véase á Benedicto XIV, *de Festis B. Mariæ*, p. 481, Baron., *annot. ad. Martyr* 5 de Agosto. Constanzy. t. II. pág. 24.

2 Según Pedro el Venerable, se llama así, porque es después de San Juan de Letran, la primera iglesia del mundo. «Hi bitur Romæ patriarchalis ecclesia in honore perpetuæ: Virginis Matris Domini consecrata, que vulgari sermone Sancta Maria Major vocatur. Major autem idcirco, quia, post Lateranensem sancti Salvatoris ecclesiam, major dignitate non solum romanis, sed et totius orbis Ecclesiis est.» (Lib. II. de *Miraculis*).

templo principal. Por esto Santa María Mayor es bella y rica entre todas las iglesias de Roma. Después de pasar la puerta principal que ve al Oriente, se presentan delante tres anchas naves, llenas de armonía y sostenidas por treinta y seis columnas de mármol de brillante blancura, que provienen del templo inmediato de Juno *Lucina*. Capiteles de orden dórico, con una cornisa de mosaico, enriquecida con ramos de vid y arabescos, coronan la doble columnata, y sus graciosos dibujos corresponden á los ricos adornos del techo. Es agradable recordar que aquel techo, dividido en magníficas porciones, está dorado con el primer oro venido de América. La corte de España, que lo recibió de mano de Cristóbal Colón, quiso hacer con él un homenaje á María, y lo envió á Roma para adornar la iglesia más bella, dedicada á la *Estrella de la mar*. Esto era á la verdad con justa razón, porque el buque que llevaba Colón, cuando partió á su inmortal descubrimiento, se llamaba la *Santa María*. Cuatro columnas de granito egipcio, sostienen los dos grandes arcos de la nave, y dan un carácter grandioso á la graciosa perspectiva. A la derecha y á la izquierda de la entrada, se ven las tumbas de Clemente XIV y de San Pio V, cuyo cuerpo descansa en una bella urna enriquecida con bronce dorado.

El altar mayor, elevado once escalones sobre el suelo, está formado de una gran urna antigua de pórfido; la cubierta de mármol blanco y negro, sostenida por cuatro ángeles de bronce dorado, sirve de mesa para el sacrificio. Se cree que esta urna fué la tumba del patricio Juan y de su mujer. El pabellón, magnífico homenaje de Benedicto XIV, descansa sobre cuatro soberbias columnas de pórfido, rodeadas con palmas de oro y coronadas con cuatro ángeles de mármol que tienen

en la mano una corona triunfal. De cada lado del altar, en las extremidades del crucero, están las dos capillas de Sixto V y de la familia Borguesa. Su magnificencia excede á todo lo que puede decirse. Al visitar la última, nos acordamos con emoción que en otro tiempo se había abierto para recibir los despojos mortales de la joven princesa Borguesa, cuyo recuerdo embalsama, como con un perfume de santidad, el palacio que habitó en Roma, del cual fué la delicia; y la capilla hereditaria en donde ella descansa con sus jóvenes hijos. Arriba del altar está la Virgen de San Lucas, colocada sobre un fondo de lápiz-lázzuli, brillante de piedras finas, y sostenida por cuatro ángeles de bronce dorado, cuatro columnas de jaspe oriental, pedestales de bronce dorado, un friso de ágata, y por fin un magnífico bajo relieve representando el *Milagro de las Nieves*; tales son los principales adornos del altar. Frescos inimitables del Guido completan las riquezas del santuario querido de la reina de las Vírgenes.

Entre los grandes recuerdos de Santa María Mayor, hay uno que no debe olvidarse. Sobre el arco triunfal que separa la nave de la bóveda, y que corona el *Presbiterio*, se encuentran mosaicos del más alto interés. El nestorianismo, que había escandalizado á toda la Iglesia, fué condenado en el concilio de Efeso en 431. Para perpetuar el recuerdo de esta nueva victoria de la fe sobre la herejía, el papa San Sixto III mandó adornar con pinturas en mosaico la bóveda de Santa María Mayor. Los misterios de la maternidad divina de la Virgen Santa, y de la divinidad de Nuestro Señor, están expresados allí de modo que no dejan duda sobre la fe de la Iglesia. Así es como, por seguir la intención del pontífice, aunque violando un poco las reglas del arte, el pintor representó al niño de Bethlehem sentado

en una silla que más bien tiene la forma de un trono, que de una cuna. Se ve evidentemente, que la intencion del mosaista ha sido hacer brillar la divinidad del Salvador, á través del trasparente velo de la naturaleza humana. En otras pinturas, este Niño solo recibe los homenajes que se deben á un Dios. Tambien la Anunciacion y todas las circunstancias de la divina maternidad de María, están igualmente descritas con un carácter que hace brillar en todo su esplendor la integridad del dogma católico I. Debemos agregar que estas venerables pinturas han tenido la gloria de ser citadas en el segundo concilio de Nicea, como una prueba irrecusable de la antigüedad del culto de las imágenes.

Mas no son estas las únicas riquezas de Santa María la Mayor. En su templo querido, la Reina de los ángeles y de los hombres está rodeada como de un glorioso cortejo, de los cuerpos sagrados de una multitud de santos, cuyas almas bienaventuradas forman ya su córte en el cielo. En primera línea de esa brillante gerarquía, ved á los apóstoles San Pedro, San Pablo, San Andrés, Santiago, San Felipe, Santo Tomás y otros miembros del colegio apostólico, que están presentes en una porcion de sus reliquias. Bajo el altar papal descansan los cuerpos de San Matías apóstol y de San Epafras, compañero de San Pablo. La cabeza de San Lucas, el historiador de María, está en la capilla del Crucifijo. En segundo lugar, aparecen los mártires de todas edades y sexos; la cabeza de Santa Bibiana; un brazo de San Julian y de San Cosme; una parte del brazo de San Abundio; los dedos de Santa Ana-

I Ciampini, *Monument veter.* t. 1, pág 206 y siguientes.—El origen de este trabajo monumental, se recuerda en una bella inscripcion colocada sobre el grande arco de la bóveda.
Siculus Plebi Dei.

tolia; una parte del brazo, del cilicio, y la túnica ensangrentada de Santo Tomás de Cantorbery; las cabezas de San Amando, de San Cipriano, de San Florencio; una costilla de Santa Petronila; un dedo de Santa Cecilia y de Santa Inés; las reliquias insignes de San Sebastian, de San Lorenzo, de San Blas, de Santa Catarina, de Santa Eufemia, de Santa Apolonia, de Santa Felicitas y de otros muchos; tales son los embajadores venerables que representan el orden de los mártires. Vienen en seguida los Pontífices. Santa María la Mayor posee el cuerpo de San Pio V, el hijo querido de la Virgen Santa, que le concedió la gloriosa batalla de Lepanto. A su alrededor veis el ménos en una parte de sus restos preciosos, á los santos papas Gregorio, Silvestre, Urbano, Sixto, Aniceto, Calixto, Melquiades, Estéban, Dámaso, Simplicio y Fabiano; brillante corona de rubíes que ciñe la augusta frente de la Reina de los Pontífices y de los Mártires; imponente conjunto de testigos, cuya sangre y cuyos escritos repiten á todas las generaciones la inmortalidad de la fe y el poder de Aquella que triunfa de todas las heregías.

Despues de haber inclinado nuestras cabezas ante aquella augusta asamblea y haberle recomendado nuestras personas nuestros amigos y nuestra patria, nos dirigimos hácia la Puerta Santa. Cuando se entra á San Pedro, á San Juan de Letran, á San Pablo extramuros y á Santa María la Mayor, se ve á la derecha una puerta cerrada, sobre la cual brillan estos nombres escritos en letras de oro: «Clemente, Urbano, Benedicto, me abrió en tal año; Inocente, Leon, me cerró en tal otro.» Preguntais cuál es aquella puerta, y se os responde: «Es la Puerta Santa.» Hasta aquí se limitan, de ordinario, la curiosidad del viajero y la ciencia del cicerone; y sin consentirlo, habeis estado muy cerca de

saber uno de los más bellos usos de Roma cristiana. Esta es una pérdida que queremos evitar á nuestros lectores.

Es preciso saber que las cuatro grandes basílicas ó iglesias principales de Roma, ademas de sus puertas comunes tienen cada una, una puerta llamada *santa*. Ademas, que cada veinticinco años, la víspera de Navidad, dia aniversario de la redencion del mundo, el soberano pontífice abre solemnemente el jubileo ó año santo. Una procesion magnífica comienza la ceremonia: por la tarde á la hora de vísperas, el Vicario de Jesucristo sale de su palacio acompañado de los cardenales y de los preladados para dirigirse á San Pedro. Todos forman un brillante círculo al rededor del Pontífice, que se detiene delante de la puerta amurallada. Uno de los asistentes presenta al Santo Padre un pequeño martillo de plata, con el cual Su Santidad da tres golpes sobre la puerta. Reza al mismo tiempo oraciones que recuerdan la caridad, la misericordia y el poder de las tres augustas personas de la Santa Trinidad; consoladores atributos de que es depositario el Vicario de Jesucristo. Acabada la ceremonia, los obreros destruyen el muro y la Puerta Santa queda totalmente abierta. Al punto es lavada con agua bendita por los penitenciaros, con vestidos sacerdotales. Despues de lavada, el soberano Pontífice, seguido del cortejo, pasa el umbral entonando cánticos de alegría, y comienzan las vísperas. Mientras que esta ceremonia tiene lugar en San Pedro, tres cardenales, encargados por el Santo Padre, la ejecutan en San Juan de Letran, en San Pablo y en Santa María la Mayor: de este modo se da principio al año santo. Si es bella en sí misma tal ceremonia, lo es mucho más por el misterioso sentido que encierra. La Puerta Santa se encuentra á la derecha y las fuentes bautismales á la izquierda de la iglesia: hé

ahí las dos entradas abiertas al hombre para llegar al cielo. El bautismo es la primera, pero solo una vez se pasa; la puerta de la penitencia es la segunda, y gracias á la misericordia divina, nunca se cierra irrevocablemente. En ese dia de Navidad, día por excelencia de indulgencia y de perdon, se abre la Puerta Santa y al pontífice representante del Salvador está reservada la prerogativa de abrirla y la gloria de ser el primero en pasar por ella: ceremonia terrestre, viva imagen del misterio de reconciliacion, cuyo fin es el cielo. Pero ¿por qué se rompe? ¿Por qué servirse de un martillo y no de llaves? Aquí veis el supremo poder del vicario del Hombre-Dios. Las puertas pueden abrirse de dos modos: con las llaves, y este es el medio empleado en las circunstancias comunes; pero la puerta que se abre con las llaves subsiste siempre, y puede volverse á cerrar todavía; mas la que se abre con martillo y que se destruye, queda abierta para que todos puedan pasar sin obstáculo y sin temor. Este es el medio que se emplea en circunstancias extraordinarias y solomnes cuando la multitud es inmensa. Por esto, en los dias de sus triunfos, la antigua Roma tenia costumbre de destruir una parte de sus murallas, sea para despertar con esa novedad el entusiasmo público, sea para dejar libre paso al vencedor y á su numeroso cortejo de prisioneros cargados de cadenas, y de soldados coronados con laureles.

Roma cristiana conserva estas costumbres, ennoblecidas por el sentido misterioso que el cristianismo les da. Convidando á todas las naciones al gran triunfo de la penitencia en que las pasiones salen vencidas, en que los pecadores expiados deben atarse al carro de los triunfadores, no quiere usar de llaves para abrir la Puerta Santa, la Puerta del Triunfo; ella usa del martillo, la destruye á fin de hacer enten-

der que está abierta para todos y que no está cerrada para nadie. En la antigua Roma la puerta triunfal estaba regada con sangre y lágrimas; en la Roma cristiana, la Puerta Santa es lavada con el agua bendita. Y el cristiano comprende que la purificación de su corazón, por sus lágrimas de arrepentimiento, por la sangre adorable de Jesucristo vertida sobre su alma en el tribunal de la reconciliación y en la mesa eucarística, es la condición indispensable de su entrada al camino del cielo, del cual es principio la Puerta Santa. En los cuatro extremos de la ciudad se abren simultáneamente las cuatro grandes basílicas: sus puertas santas caen desplomadas al golpe del martillo de los pontífices. ¿Podrá Roma valerse de una ceremonia más elocuente, para decir que, reina y madre del mundo, llama á su seno á todos los hombres dispersos por los cuatro vientos? ¿No les invita ella con igual amor á beber el inagotable tesoro de gracia y de misericordia, que se abre para ellos sin distinción de pueblos ni de tribus? 1

Retiramos la vista de la Puerta Santa, y entonces se detuvieron nuestras miradas sobre la magnífica columna acanalada de mármol blanco que se levanta delante de la fachada de Santa María la Mayor. Este antiguo adorno del templo de la Paz en el Forum, fué llevado á aquel lugar por el papa Paulo V, que lo colocó con una estatua de la Santa Virgen. En la base está una inscripción, cuyo final es el siguiente:

PAX UNDE VERA EST
CONSECRAVIT VIRGINI.

«La consagró á la Virgen, fuente de la verdadera paz.»

Así como el obelisco de Augusto, colocado cerca de la basílica, canta la gloria

1 *Trattato del Giubileo*, dal P. Quarti, página 56.

del Niño Dios, la blanca columna de Forum proclama las prerogativas de la dulce Virgen su Madre. Podría llamarse una lira pulsada por las manos de los ángeles.

Oigamos sus acordes:

IMPURA FALSI TEMPLA
QUONDAM NOMINIS
JUBENTE INOERTA
SUSTINEBAM CÆSARE
NUNC LÆTA VERI
PERFERENS MATREM DEI
TE PAULE NULLIS
OBTACEBO SECLIS.

«En otro tiempo, por orden de César, yo servía tristemente de apoyo á los templos impuros de una falsa divinidad; ahora, gozosa de sostener á la Madre del verdadero Dios, yo cantaré, ¡oh Pablo! tu gloria á todos los siglos.»

Luego manifiesta su alegría dando á conocer la excelencia de la augusta Virgen:

IGNIS COLUMNA
PRÆTULIT LVMEN PIIS
DESEATA NOCTV
VT YERMEARENT INVIA
SECVRI AD ACRES
HÆC RECLVDIT IGNEAS
MONSTRANTE AB ALTA SÆDE
CALLEM VIRGINE.

«La columna de fuego, brillante de luz, precedió á los justos, á fin de que pudiesen salvar el peso nocturno del desierto: ella conduce á la ciudad misma de la luz á una Virgen que enseña el camino para las alturas celestiales.»

¡Honor á los pontífices romanos que han sabido con poético lenguaje celebrar tan magníficas analogías! ¡Honor á Roma, cuyos monumentos todos llevan grabados en el bronce y en el mármol los dogmas inmortales del cristiano!

No dejaré á Santa María la Mayor sin

llamar un último recuerdo. Todas las noches, algunas horas después del *Ave María*, cuando Roma se duerme con su habitual calma, oís bajar del Monte Esquilino el sonido penetrante de una campana que suena á todo vuelo. No es este sonido el toque de la queda ó silencio, es un acto de gratitud y de previsora caridad. Hace, no sé cuántos siglos, un viajero sorprendido durante la noche, se extravió en el campo romano. Temiendo caer en alguna de las numerosas aberturas que elevándose desde las profundidades de las catacumbas, rompen la superficie del suelo, el peregrino no se atreve á dar un paso; encomienda su alma á Dios y se resuelve á pasar la noche, y tal vez á morir, en medio del silencioso desierto. El día siguiente, era día consagrado á la Santísima Virgen. Con ocasión de la fiesta, sonaron las campanas en Santa María la Mayor; oyesse su sonido, se orienta el viajero y vuelve á tomar su camino, escapando milagrosamente del peligro. En reconocimiento de esto, estableció una fundación perpetua, para que todas las noches se sonara la campana libertadora en favor de aquellos que corrian igual suerte.

Siguiendo nuestra excursión por el lado de Santa Cruz en Jerusalem, saludamos al paso los nombres y las célebres ruinas de los monumentos, de que se halla cubierta esa quinta región de la antigua Roma. A la izquierda y en ángulo formado por las murallas de la ciudad, se ven los restos del *Vivarium*, inmensa hospedería de forma cuadrangular, en donde se depositaba una parte de los innumerables animales destinados á los juegos públicos. Siguiendo por el lado del acueducto de Claudio, se encontraban los jardines y el circo de Helio; cerca de los hermosos jardines de Palanto, el célebre liberto de Claudio. En esos mismos lugares se levantaban multitud de bosquecillos sagrados: los más co-

nocidos eran el *Lucus querquetulanus*, guardado por las ninfas; el *Lucus fagutalis*, consagrado á Júpiter; el *Nemus* de Cayo y Lucio. A orillas de este último se elevaba el anfiteatro preparado por Augusto y que sirvió á Tito para comenzar los sangrientos juegos que abrieron su reinado. (1) Entre las iglesias de Santa Bibiana y de San Eusebio, sobre el camino que conduce de Santa María la Mayor á Santa Cruz en Jerusalem, se encuentra el primer castillo del *Agua Claudia*. Está coronado por dos arcos de ladrillo, en los cuales se encontraban los célebres trofeos de Mario; tal es por lo ménos la opinión de muchos anticuarios (2). Venían en seguida los suntuosos jardines de Mecenas; aquellos lugares de delicias se extendían desde el punto en que se encuentra hoy la iglesia de San Martín *de Monti* hasta más allá de la iglesia de San Antonio (3). Aquí estaba, según la opinión común, la famosa torre desde cuya altura contempló Neron el incendio de Roma, declamando los versos que él había compuesto sobre el incendio de Troya [4]. En las cercanías veíanse la casa de Virgilio y los jardines *Lamiani*, morada habitual y sepulcro de Calígula [5]. Antes de que el favorito de Augusto, inventor de los baños calientes, hubiese hecho de ellos la moda de la voluptuosidad, ese vasto terreno servía, al ménos en parte, para sepulcro del pueblo bajo y de los esclavos. Allí se encontraba el *Vicus ustrinus*, llamado así por la ho-

(1) Alii vero extra in nemore Caii et Lucii, ubi Augustus ad hoc ipsum terram effoderat; ibi enim primo die ludus gladiatorius, coedesque belluarum facta est, etc. *Dio in Tit.*

(2) Nardini, lib. IV, c. II, pág. 140.

(3) Fuerunt in Esquilis, latissimoque ambita á templo circiter San Martini in montibus orientem versus, ultra San Antonii ædem porcessera. *Donat.*

(4) Horat., od. 28, lib. III. Nardini, pág. 142

(5) Sueton., c. 59.

guera pública en que se quemaban los cádáveres.

A los monumentos de la crueldad y de la voluptuosidad se reunían, en aquella parte de Roma, un gran número de templos de ídolos, escuelas públicas de iniquidades. Estaban entre otros, los templos de *Minerva médica*, de Castor, de Apolo, de Mercurio, de Marte, de Serapis, de Proserpina, del Miedo, de Vénus y de Cupido. ¿Por qué, pregunto, el sentimiento religioso, tan vivo y tan profundo entre los romanos, llegó á pervertirse por el paganismo, hasta el punto de que el viajero no pueda dar un paso en la vieja Roma sin sumergir los piés en sangre y lodo? Yo no lo sé; pero me parece que el alma, oprimida por tantos recuerdos, experimenta allí, más que en otra parte, la necesidad de un punto de apoyo, y este punto de apoyo no lo puede encontrar más que en un monumento expiatorio, es decir, en un edificio cristiano. Por eso, ¡cuán libremente respiramos al descubrir las torres de Santa Cruz en Jerusalem!

La venerable basílica está edificada al extremo del monte Esquilino, entre un templo de Vénus y el anfiteatro *Castrense*. ¿Podía elegirse lugar más conveniente? Los instrumentos sangrientos de la muerte de un Dios, descansando sobre una tierra empapada hasta sus profundidades por crueldades é infamias seculares, ¿no forman un contraste conmovedor, ó por mejor decir, una magnífica armonía? Vengamos á la historia del augusto monumento.

Habiendo visto Constantino en sueños la cruz del Salvador, había hecho formar el *Labarum*, maravilloso estandarte que llevaba la cifra del Cristo, con estas palabras reveladas por divisa: *In hoc signo vinces*. «Por este signo vencerás.» Los acontecimientos justificaron la predicción. Vencedor de Maxencio y señor de Roma, el nuevo Augusto quiso dar á la Cruz los

hombres que le eran debidos. Santa Elena, su madre, partió para Jerusalem, descubrió la verdadera Cruz y volvió á Roma, llevando consigo una parte considerable de aquel rico tesoro, así como muchas otras reliquias insignes cuyos pormenores daremos muy pronto. Con el fin de recibir tan precioso depósito, se construyó una iglesia á expensas del emperador y que fué consagrada por el papa San Silvestre: esta iglesia es la augusta basílica de Santa Cruz en Jerusalem. En la historia se la llama sucesivamente basílica *Sessoriana*, á causa del palacio *Sessoriano* del cual es sucesora; basílica *Eleniana*, en memoria de la madre de Constantino; y por fin Santa Cruz en Jerusalem. Hé aquí el origen y sentido de este último nombre. Santa Elena trajo con la Cruz una gran cantidad de la tierra del Calvario mojada con la sangre del Redentor; con ella llenó desde el suelo hasta la bóveda, el oratorio particular en que fueron depositadas las santas reliquias, y de aquí le viene á la capilla y á la iglesia misma el nombre de Jerusalem.

Así como había enriquecido á San Juan de Letran, el César cristiano desplegó su magnificencia imperial en favor de la nueva basílica. Entre los ricos presentes con que la rindió homenaje, distinguimos: cuatro candeleros de oro y de plata, segun el número de los Evangelistas, encendidos día y noche ante el madero de la cruz, y que pesan cada uno treinta libras; cincuenta lámparas de plata con peso cada una de cincuenta libras; una cañuela de oro purísimo que pesa diez libras; cinco cálices ministeriales de oro, con peso de una libra cada uno; tres cañuelas de plata de á ocho libras; otras diez de plata de á dos libras; una pantalla de oro de diez libras; una de plata enriquecida con oro y pedrería, de cincuenta libras; un altar de oro macizo, doscientas cincuenta libras. Todas estas riquezas, así como las de San

Juan de Letran, han desaparecido en los diferentes saqueos de Roma. La iglesia misma, restaurada por San Gregorio II y por Lucio II, fué de nuevo reparada en el siglo XV por el cardenal Pedro de Mendoza, que era titular de ella.

Entonces sucedió el descubrimiento memorable que vamos á referir, sirviéndonos de las propias palabras de un testigo ocular. «El día 1.º de Febrero del año 1492, fué para Roma un día de milagro. Cuando el cardenal Mendoza hacia blanquear é incrustar á sus expensas las paredes de Santa Cruz en Jerusalem, los obreros tocaron al vértice del arco levantado en medio de la iglesia, y que se eleva hasta el techo. Llegados al lugar en que hoy se encuentran todavía dos pequeñas columnas, hallaron un vacío; habiéndole horadado, encontraron en él una pequeña ventana, sobre la cual estaba una caja de plomo de dos palmos de longitud, perfectamente cerrada: estaba cubierta con una losa de mármol cuadrangular, sobre la cual se leían estas palabras: *Hic est titulus vere crucis*. «Este es el título de la verdadera cruz.» En la caja se halló efectivamente una pequeña plancha de un palmo de longitud, y que tenía un lado carcomido por el tiempo. Sobre esta plancha estaban grabadas y pintadas con color rojo, las palabras siguientes: *Hiesus Iudaeorum Nazarenus rex*; pero la palabra *Iudaeorum* no estaba entera, le faltaban las dos últimas letras; porque como digo, la plancha estaba destruida en un lado por el tiempo. A la noticia del descubrimiento, casi toda la ciudad acudió á Santa Cruz. El papa Inocencio fué en persona, y mandó que se dejara el título en la caja en que estaba, permitiendo solamente que se expusiera bajo una vidriera, en el altar mayor, el día de la fiesta de la basílica. Nadie dudó de que aquel fuese el verdadero título que Pilatos colocó sobre la

cruz de Nuestro Señor Jesucristo, y de que, segun antigua costumbre, Santa Elena lo habia depositado en aquel lugar elevado, cuando se construyó la iglesia» 1.

Tal es el primer tesoro espiritual que posee Santa Cruz en Jerusalem; no es el único. Sobre el altar mayor está una tumba de basalto, en que descansan los cuerpos de San Cesáreo y de San Anastasio, en la capilla subterránea, dedicada á la santa emperatriz, se conserva todavía una gran parte de la verdadera cruz; dos espinas de la corona de Nuestro Señor, uno de los clavos con que fué clavado á la cruz, una parte de la cuerda con que fué atado á la columna, y otra de la esponja empapada en hiel que se le presentó. Bajo el pavimento restablecido por Eugenio IV, están un gran número de piedras traídas del Calvario. Al rededor del Rey de los Mártires se ven reunidos, como en una corte de sangre, legiones enteras de héroes que gozan ahora de la gloria de su jefe, despues de haber participado con él de sus combates. Pedro, Pablo, Bartolomé, Simon, Fabian, Sebastian, Hipólito, Agapito, Felcitas, Epifanio, Crisógono, Dionisio, Anastasio, Pudenciana, Inés, Eufemia, Lorenzo, Gordiano, Jacobo, hermano del Señor, Urbano, Sixto, Cosme, Damian, Sabino, Régulo, Nereo, Hermes, Benito, Hilarion, Isabel, Juliana, Felícola, Catarina, Margarita; tales son, con otros muchos, los nombres escritos sobre todos aquellos restos ilustres que os rodean, y que adornan en aquel santuario al Dios crucificado. Si cuando entramos al palacio de un rey, ó á un senado compuesto de hombres como nosotros, un gran respeto penetra involuntariamente nuestra alma, ¿puede uno dejar de sentir ese

1 Steph. Infessura, apud Ciampini, t. III, p. 119.—*Bened. XIV, de Festis*, p. 197.